

Capítulo IX

El servicio de comunión

A. LAVADO DE PIES

Durante la reunión final de Cristo en el aposento alto con sus discípulos antes de su sufrimiento, tenía mucho que decirles. Esto está registrado en Juan, capítulos 13-16. La ocasión solemne fue la Pascua final que simbolizó su muerte por los pecados del mundo. Antes de que los emblemas del cuerpo y la sangre de Cristo fueran distribuidos entre los discípulos, Cristo les lavó los pies. "Por el acto de nuestro Señor, esta humillante ceremonia fue hecha una ordenanza consagrada" (El Deseado de todas las gentes, p. 650). El propósito de esta ordenanza, que es vinculante para todos los cristianos, es llevar a los participantes a escudriñar su corazón, ver sus propias raíces de amargura y otros defectos de carácter, y aclarar los malentendidos entre hermanos y hermanas. Juan 13:1-17.

Esta ordenanza es la preparación designada por Cristo para el servicio sacramental. Mientras se alberguen el orgullo, la discordia y la lucha por la supremacía, el corazón no puede entrar en comunión con Cristo. No estamos preparados para recibir la comunión de su cuerpo y su sangre. Por lo tanto, fue así

Jesús indicó que se debía observar primero el memorial de su humillación."— Ibíd.

El objetivo de este servicio es recordar la humildad de nuestro Señor y las lecciones que impartió al lavar los pies de sus discípulos. Existe en el hombre una disposición a estimarse más que a su hermano, a trabajar para sí mismo, a servirse a sí mismo, a buscar el puesto más alto; y a menudo surgen malas sospechas y amargura de espíritu por nimiedades. Esta ordenanza, que precede a la Cena del Señor, tiene como fin aclarar estos malentendidos, sacar al hombre de su egoísmo, de sus zancos de autoexaltación, a la humildad de espíritu que lo llevará a lavar los pies de su hermano...

La ordenanza del lavamiento de los pies ha sido especialmente ordenada por Cristo, y en estas ocasiones el Espíritu Santo está presente para testificar y sellar su ordenanza. Él está allí para convencer y ablandar el corazón. Une a los creyentes y los hace uno en corazón. Se les hace sentir que Cristo está realmente presente para limpiar la basura que se ha acumulado y ha separado los corazones de los hijos de Dios.

Dios de Él.”—The Review and Herald, 22 de junio de 1897.

Cristo le dijo solemnemente a Pedro: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo” (Juan 3:8). El servicio que Pedro rechazó simbolizaba una purificación superior. Cristo había venido a lavar el corazón de la mancha del pecado. Al negarse a permitir que Cristo le lavara los pies, Pedro rechazaba la purificación superior que incluía la inferior. En realidad, rechazaba a su Señor. —El Deseado de todas las gentes, pág. 646.

El ejemplo de lavar los pies de sus discípulos fue dado para beneficio de todos los que creyeran en él. Les exigía que siguieran su ejemplo. Esta humilde ordenanza no solo tenía por objeto poner a prueba su humildad y fidelidad, sino también mantener fresco en su memoria que la redención de su pueblo se obtuvo con la condición de que fueran humildes y obedecieran constantemente.

Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. En sus frentes estaba escrito: Dios, Nueva Jerusalén, y una estrella gloriosa que contenía el nuevo nombre de Jesús. Ante nuestra feliz y santa condición, los malvados se enfurecieron y se apresuraron violentamente a echarnos mano para encarcelarnos, cuando extendíamos la mano en el nombre del Señor, y ellos caían indefensos ante el...

Entonces fue cuando la sinagoga de Satanás supo que Dios nos había amado a nosotros, que podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludar a los hermanos con un beso santo, y adoraron a nuestros pies.”— Primeros Escritos, pág. 15.

El saludo santo mencionado en el evangelio de Jesucristo por el apóstol Pablo debe considerarse siempre en su verdadero carácter. Es un beso santo. Debe considerarse como una señal de compañerismo entre los amigos cristianos al despedirse y al reencontrarse tras una separación de semanas o meses. En 1 Tesalonicenses 5:26, Pablo dice: “Saludad a todos los hermanos con un beso santo”. En el mismo capítulo, dice: “Absteneos de toda apariencia de mal”. No puede haber apariencia de mal cuando el beso santo se da en el momento y lugar adecuados.

B. LA CENA DEL SEÑOR

La Cena del Señor, conocida como el servicio de comunión, es el memorial del sacrificio de Cristo; también anticipa su segunda venida. Este servicio reemplaza la Pascua anual del Antiguo Testamento (Mateo 26:28, 29), pero debe practicarse con mayor frecuencia, en armonía con las instrucciones de nuestro Señor por medio del apóstol Pablo (1 Corintios 11:26).

A través de la Cena del Señor participamos de los emblemas del cuerpo.

del Séptimo Día

y la sangre de nuestro Señor Jesucristo y expresamos nuestra creencia y aceptación de Su muerte en la cruz como la única

disposición para nuestra salvación. John 6:53–56, 63; Romanos 5:10.

Dado que la levadura y la fermentación suelen considerarse símbolos de pecado (1 Corintios 5:7, 8), el pan de Pascua debía ser sin levadura y el vino de Pascua sin fermentar (Isaías 65:8). Con ese mismo pan y vino, Cristo instituyó el servicio de la comunión.

Como la Cena del Señor simboliza nuestra comunión con Cristo y entre nosotros (“la comunión del cuerpo de Cristo”), solo los miembros de este cuerpo visible, su iglesia organizada en la tierra, participan en el servicio de la ordenanza. Éxodo 12:48; 1 Corintios 10:16, 17; 12:12, 18, 20, 22.

Se requiere una preparación espiritual, que incluye el examen de conciencia, el arrepentimiento, la confesión, la reconciliación y la unidad de fe (Efesios 4:3, 4), antes de que podamos participar en la ordenanza de la Cena del Señor. 1 Corintios 11:18–20, 27–29.

Al participar del pan y el vino, demostramos nuestro arrepentimiento del pecado y la aceptación de Cristo como nuestro Salvador personal. La cena de comunión conmemora el sufrimiento y la muerte de Jesús y fortalece a la iglesia como cuerpo, preservándola en la mansedumbre, el amor y la unidad.

Al compartir con sus discípulos el pan y el vino, Cristo se comprometió con ellos como su Redentor. Les encomendó el nuevo pacto, por el cual todos los que lo reciben se convierten en hijos de Dios y coherederos con Cristo. Mediante este pacto, todas las bendiciones que el cielo podía conceder para esta vida y la venidera eran suyas. Este pacto debía ser ratificado con la sangre de Cristo. Y la administración del Sacramento debía mantener ante los discípulos el sacrificio infinito hecho por cada uno de ellos individualmente, como parte de la gran totalidad de la humanidad caída. —El Deseado de todas las gentes, págs. 656–659.

Al recibir la vida derramada por nosotros en la cruz del Calvario, podemos vivir una vida de santidad. Y recibimos esta vida al aceptar su palabra y al hacer lo que él nos ha ordenado. Así nos hacemos uno con él. “El que come mi carne —dice— y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, también él vivirá por mí” (Juan 6:54, 56, 57). Esta escritura se aplica especialmente a la Santa Cena. Al contemplar la fe el gran sacrificio de nuestro Señor, el alma asimila la vida espiritual de Cristo. —Ibíd., págs. 660, 661.

“La salvación de los hombres depende de una aplicación continua a sus

corazones de la sangre purificadora de Cristo. Por lo tanto, la Cena del Señor no debía celebrarse solo ocasionalmente o anualmente, sino con mayor frecuencia que la Pascua anual. —El Espíritu de Profecía, vol. 1, pág. 203.

Nuestro Señor dijo: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros... Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida” (Juan 6:53-55). Esto aplica a nuestra naturaleza física. A la muerte de Cristo le debemos incluso esta vida terrenal. El pan que comemos es la compra de su cuerpo quebrantado.

El agua que bebemos es comprada con su sangre derramada. Nadie, santo o pecador, come su alimento diario sin nutrirse del cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está impresa en cada pan. Se refleja en cada manantial. Cristo enseñó todo esto al designar los emblemas de su gran sacrificio. La luz que brilla desde ese servicio de comunión en el aposento alto santifica las provisiones para nuestra vida diaria. La mesa familiar se convierte en la mesa del Señor, y cada comida en un sacramento. —El Deseado de todas las gentes, pág. 660.